Alessandro Di Battista

RUSIA

NO ES MI ENEMIGO

La UE y la OTAN utilizan el fantasma ruso para justificar ante la opinión pública la mayor especulación financiera de la historia reciente: el llamado plan de rearme europeo.

DIGITAL
PaperFIRST

Alessandro Di Battista

LA RUSSIA
non è il mio nemico

Ue e Nato utilizzano lo spauracchio russo
per poter giustificare agli occhi della
pubblica opinione la più grande
speculazione finanziaria della storia
recente: il cosiddetto piano di riarmo europeo

DIGITAL
PaperFIRST

Alessandro Di Battista

RUSIA NO ES MI ENEMIGO

© 2025 PaperFirst por il Fatto QuotidianoEdición 1 – Año 2025Editorial dirigida por: Marco TravaglioSociedad Editorial Il Fatto SpARedacción, sede legal:Via di Sant'Erasmo, 2 – 00184 Romawww.ilfattoquotidiano.itTutti Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este volumen puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico o fotocopia, en disco o de cualquier otra forma, incluyendo cine, radio, televisión, sin la autorización escrita del editor. Se permite la reproducción, parcial o total, para uso personal de los lectores, siempre que no sea con fines comerciales.

UUID: 0b052d5a-00c0-417e-8dc3-df286bd5b588

Este libro ha sido creado con StreetLib Write
https://writeapp.io

Índice

RUSIA NO ES MI ENEMIGO

Puntos de referencia

1. Página del título
2. Portada
3. Índice
4. Inicio del libro

SEIF
SOCIETÀ
EDITORIALE
IL
FATTO

RUSIA NO ES MI ENEMIGO

La Universidad Rusa de la Amistad entre los Pueblos, más conocida como RUDN, fue fundada en Moscú en 1960 para acoger a estudiantes procedentes principalmente de países africanos y asiáticos que en aquellos años se estaban liberando del yugo del colonialismo. En 1961 recibió el nombre de Patrice Lumumba, héroe de la independencia del Congo y uno de los políticos más queridos de África, asesinado por los secesionistas de Katanga liderados por Moise Ciombe con el beneplácito de Bélgica y la CIA. Lumumba no solo se estaba acercando peligrosamente a la URSS, sino que quería expulsar al Congo a las poderosas empresas mineras extranjeras, que aún hoy es el país con el subsuelo más rico del mundo. La estatua de Patrice Lumumba da la bienvenida a los estudiantes a la entrada de la Facultad de Letras y Filosofía de la RUDN. La universidad, hoy más que nunca, está repleta de estudiantes extranjeros. Se encuentran congoleños, centroafricanos, burkineses, brasileños, cubanos, indonesios, vietnamitas, indios y, sobre todo, chinos. Todos los estudiantes del mundo asisten a clases en la RUDN, todos excepto los europeos y los norteamericanos. Ninguno de ellos piensa que Rusia sea un peligro para la seguridad del planeta, ninguno de ellos piensa que Rusia sea una amenaza para las llamadas democracias liberales. Ninguno de ellos considera que Rusia sea un país claramente imperialista y ninguno cree que a Rusia le interese invadir Europa Central para conquistar nuevos territorios. Por otra parte, los estudiantes de la RUDN no sufren el bombardeo mediático rusófobo al que, por desgracia, estamos sometidos los europeos. Conocen Rusia y conocen sus virtudes y defectos. Conocen a los rusos y aprenden su historia y sus historias.

El , edificio principal de la Universidad Estatal de Moscú, el más imponente de los siete rascacielos construidos en la época estalinista, se encuentra en la llamada Colina de los Pájaros, una de las siete colinas de Moscú.

También Moscú, la Tercera Roma, tiene siete colinas, y fue precisamente desde la Colina de los Pájaros donde Napoleón Bonaparte vio Moscú por primera vez. La ciudad comenzaba a arder. El incendio de Moscú duró días y estalló justo cuando la vanguardia napoleónica entraba en la ciudad, pero no fue una fatalidad. Es cierto que la mayoría de los edificios de la ciudad estaban construidos en madera y, por lo tanto, un pequeño incendio podría haberse extendido fácilmente, pero dada la magnitud de las llamas y el hecho de que los incendios estallaron simultáneamente en diferentes barrios de la ciudad, es muy probable que el incendio fuera de origen doloso. Parece que los soldados leales al zar, antes de abandonar Moscú, dieron la orden de prender fuego para que Napoleón encontrara la ciudad en llamas. Esto, por cierto, muestra el temple del pueblo ruso.

Napoleón llegó a Moscú después de ganar, aunque con importantes pérdidas, la batalla de Borodino, que mostró al e , el zar Alejandro I y al general , Mijaíl Illarionovich Kutuzov, una realidad inimaginable hasta entonces: la *Grande Armée* napoleónica no era un ejército invencible.

El 15 de septiembre de 1812, Bonaparte entró en el Kremlin. Napoleón había logrado lo que décadas más tarde no consiguió Hitler: ocupar el Kremlin, el corazón de Moscú. Sin embargo, para ambos, los resultados finales de las campañas militares fueron desastrosos. Napoleón creía que la ocupación del Kremlin (considerada por los rusos como una especie de profanación de un lugar sagrado) obligaría al zar a negociar, pero esto no sucedió. El zar se

encontraba en San Petersburgo mientras Kutuzov reunía tropas no lejos de Moscú y esperaba el invierno, convencido de que el clima jugaría a favor de los rusos.

El 19 de octubre de 1812, la Gran Armada, diezmada por la batalla de Borodino y el tifus, inició la retirada hacia Francia. Napoleón dio la orden de cargar en miles de carruajes el botín obtenido durante la ocupación de Moscú, lo que ralentizó aún más el regreso a París. Kutuzov decidió atacar a la Gran Armada persiguiéndola durante la retirada. Mientras tanto, Napoleón se enteró de que en París el general francés Claude François de Malet había intentado dar un golpe de Estado contra él, lo que le llevó a acelerar la retirada. Para ello era necesario forzar el bloqueo organizado por los rusos cerca del río Beresina, en la actual Bielorrusia. La batalla del Beresina fue el último gran enfrentamiento entre la *Gran Armada* y el Imperio zarista durante la campaña de Rusia. Napoleón logró forzar el bloqueo, pero perdió 25 000 soldados de un total de 50 000. Kutuzov soñaba con atrapar al ejército napoleónico y arrestar a Bonaparte, pero no lo consiguió; sin embargo, ya estaba claro que la campaña de Rusia había sido un fracaso colosal para el ejército napoleónico. Alejandro I presionaba para continuar la persecución de Napoleón hasta París, pero Kutuzov lo convenció de detenerse en Prusia; las tropas zaristas también habían perdido cientos de miles de hombres. Además, no forma parte del ADN ruso invadir y conquistar territorios a menos que estén habitados por rusos. Y esta convicción es aún más fuerte debido a los fracasos registrados cuando, en la época soviética, los rusos pisaron territorio extranjero. Los más de 25 000 soldados del Ejército Rojo que murieron durante la desastrosa guerra de Afganistán siguen vivos en la memoria de los rusos. Además, en Rusia no hay escasez de tierra.

Sin embargo, el zar Alejandro I soñaba con marchar sobre París, al igual que Napoleón había marchado sobre Moscú. Cumplió su sueño dos años después, exactamente en marzo de 1814, cuando, tras la batalla de París, rusos, prusianos y austriacos entraron en la capital francesa obligando a Napoleón a firmar en el , el Tratado de Fontainebleau, que sancionaba su abdicación incondicional y su exilio en la isla de Elba.

La invasión de Rusia marcó, por tanto, el principio del fin de la *Grande Armée,* uno de los ejércitos más formidables de la historia, así como el fin del propio Napoleón Bonaparte.

Hoy en día, desde la Colina de los Pájaros se ve una ciudad en constante crecimiento, una ciudad dinámica, una de las más bellas del mundo. Desde la gran terraza en lo alto de la colina, que domina el río Moscova, se ve a la izquierda Moskva-City, el barrio financiero, y a la derecha el l Parque Gorki, el gran parque urbano muy frecuentado por los rusos. El Gor'kij se convirtió en un lugar de mala fama durante los años de la presidencia de Boris Yeltsin, pero hoy en día es un parque muy seguro a cualquier hora del día y de la noche.

Abajo, debajo del mirador, se encuentra el barrio deportivo, al que se puede llegar desde la estación de metro Sportivnaja. Desde hace algunos años, hay un teleférico que permite llegar a la Colina de los Pájaros desde el Estadio Luzhniki , el estadio que acogió las pruebas de atletismo durante los Juegos Olímpicos de Moscú de 1980 (en Lužniki ganaron el oro olímpico Pietro Mennea y Sara Simeoni) y que cada año acoge las celebraciones por la anexión rusa de Crimea, con el discurso triunfalista y propagandístico de Putin incluido. El teleférico es utilizado durante el invierno por miles de moscovitas que esquían en las pistas que conectan la Colina de los Pájaros con el Moscova. Los rusos

no cuentan con una gran tradición en el esquí alpino, pero hay quien sostiene que, gracias a las inversiones realizadas en los últimos años, que han llevado a la construcción y modernización de numerosas instalaciones de remontes en los Urales, en s montes Ataj, , Krasnaya Polyana y el monte Elbrús (el Elbrús, con sus 5462 metros de altura, es la cima más alta de Europa, aunque en nuestra zona pensamos que el primado corresponde al monte Blanco), la brecha deportiva entre la Federación Rusa y el resto de Europa se está reduciendo gradualmente.

En 2014, cuando Sochi acogió los XXII Juegos Olímpicos de Invierno, fue Rusia, con treinta medallas, la que ocupó el primer lugar en el medallero. Los progresos de los atletas rusos en este sentido no podrán evaluarse en los próximos Juegos Olímpicos. El 21 de octubre de 2025, de hecho, la FIS (Federación Internacional de Esquí) decidió excluir a los atletas rusos y bielorrusos de los Juegos Olímpicos de Milán y Cortina. Tampoco podrán competir de forma neutral (sin bandera, por así decirlo), como ocurrió en París 2024.

Los atletas israelíes, incluso aquellos que participaron físicamente en el genocidio de Gaza o los que alabaron públicamente el exterminio de los palestinos, compiten en todas partes y bajo la bandera con la estrella de David. Sin embargo, a los rusos y bielorrusos se les ha reservado otro trato, y ello a pesar de que la Federación Rusa, a diferencia de Israel, no está siendo juzgada por genocidio ante la Corte Internacional de Justicia ( ), el principal órgano judicial de las Naciones Unidas.

Entre otras cosas, este enésimo ejemplo de rusofobia y doble rasero por parte de Occidente no hace más que convencer cada vez más a los rusos de que todo lo que dice Putin es cierto y que la guerra de invasión en Ucrania no es

más que una operación especial preventiva, llevada a cabo con el objetivo de defender a Rusia de un futuro ataque extranjero. Bastaría con conocer la historia de Rusia, al menos la de los últimos dos siglos, para comprender que las continuas provocaciones occidentales, «los ladridos de la OTAN en las fronteras de Rusia», como dijo el papa Francisco, y las acusaciones a Rusia de cualquier atrocidad mundial, no hacen más que unir al pueblo ruso en torno a sus líderes. La actitud rusófoba de Occidente, por lo tanto, además de ser indecente, también es contraproducente.

El pueblo de Borodino se encuentra en el distr , en la región de Moscú, a unos 150 kilómetros de la Plaza Roja. Los campos que rodean el pueblo están salpicados de decenas de monumentos que rinden homenaje a los soldados que participaron en la batalla. El más imponente fue erigido en 1839, en el 25° aniversario de la entrada de las tropas rusas en París, y está dedicado a los héroes de Borodino «que sacrificaron sus vidas en el campo de batalla para honrar la fe, al zar y a la patria». En la base se encuentra la tumba de Pëtr Ivanovič Bagration, general ruso de origen georgiano, que participó en las batallas de i Schöngrabern y Austerlitz antes de resultar mortalmente herido en Borodino.

En 1944, Stalin, en honor al general, asignó el nombre en clave de Operación Bagration a la gran ofensiva veraniega llevada a cabo por el Ejército Rojo en Bielorrusia y Polonia, que arrolló a la l Wehrmacht mientras los Aliados estaban ocupados en la batalla de Normandía. La ofensiva del Ejército Rojo impidió a Hitler trasladar tropas a Europa occidental, lo que garantizó a los Aliados una ventaja considerable que no habrían tenido sin el sacrificio soviético.

En la memoria histórica de los rusos, la campaña napoleónica y la invasión nazi durante la Segunda Guerra Mundial —que en Rusia todos llaman «Gran Guerra Patria»— están extraordinariamente vinculadas por el horror. Por eso Stalin quiso utilizar el nombre de un general ruso caído durante la invasión napoleónica para bautizar la contraofensiva que poco después permitiría al Ejército Rojo, liderado por el mariscal de la Unión Soviética Georgij Konstantinovič Žukov, entrar en Berlín.

Y alguien más tenía en mente ese vínculo: Adolf Hitler. A pesar de que la Alemania nazi y la URSS estaban unidas por un tratado de no agresión (el Pacto Molotov-Ribbentrop), Hitler dio la orden de iniciar la Operación Barbarroja, es decir, la invasión de la Unión Soviética, el 22 de junio de 1941, el día anterior al aniversario del inicio de la campaña de Rusia por parte de Napoleón. El 23 de junio de 1812, Bonaparte y la Gran Armada e s cruzaron el Niemen, el río que en aquella época marcaba la frontera entre el Ducado de Varsovia —de hecho, un protectorado del Imperio francés— y el Imperio ruso. Parece que Hitler quiso anticipar un día la invasión de la URSS con respecto al inicio de la campaña de Rusia por motivos supersticiosos. No quería correr la misma suerte que Bonaparte.

Pero hay más: al igual que la batalla de París de marzo de 1813 —es decir, el último acto de una especie de contraofensiva llevada a cabo por el Imperio ruso, el austriaco y el Reino de Prusia tras las campañas napoleónicas— marcó el fin del primer reinado de Napoleón Bonaparte, la batalla de Berlín también supuso el fin del Tercer Reich. La única diferencia es que, mientras que Napoleón se vio obligado al exilio, a Hitler no le quedó más remedio que suicidarse. En cualquier caso, la caída del Imperio francés y la de la Alemania nazi están

inequívocamente relacionadas por un hecho: la invasión de Rusia.

Gran parte de los monumentos erigidos en los campos de Borodino fueron inaugurados en 1912, cien años después de la batalla. Pues bien, en decenas de ellos hay marcas de balas y granadas. Algunos siguen hoy en día ennegrecidos por las explosiones provocadas por la artillería de la Wehrmacht durante la batalla de Moscú, es decir, el intento nazi de conquistar la capital de la URSS. Parece increíble, pero el campo de batalla de Borodino, «la más terrible de mis batallas», como la definió Napoleón Bonaparte, es también uno de los lugares donde se libró la batalla de Moscú, una de las más terribles de la historia de la humanidad. Un millón de rusos murieron para repeler la ofensiva nazi.

Las fases iniciales de la Operación Barbarroja fueron un triunfo para las fuerzas armadas alemanas. La e l Wehrmacht, tras conquistar sin dificultad Minsk y , Smolensk, y tras capturar a cientos de miles de prisioneros rusos, se dirigió directamente a Moscú.

Hitler creía que ocupar la ciudad obligaría a Stalin a rendirse incondicionalmente. Pero Moscú no cayó. La resistencia soviética fue sensacional.

Quienes aterrizan en Sheremétievo, el aeropuerto más grande de Moscú, y luego toman la carretera hacia el centro de la ciudad, cruzan la línea de máximo avance nazi durante la Operación Barbarroja. En noviembre de 1941, la Wehrmacht llegó a veinte kilómetros en línea recta del Kremlin. Los moscovitas creían inminente la entrada de las tropas alemanas en la ciudad, pero el general I o Zhukov logró organizar una defensa que resultó victoriosa. El 7 de noviembre de 1941, día en que se celebraba en la URSS la Revolución de Octubre, Stalin, desde el interior de la

estación de metró l Majakovskaja de Moscú, probablemente la estación de metro más bonita del mundo, pronunció un discurso histórico para invitar a los soldados del Ejército Rojo y a todos los ciudadanos moscovitas a resistir. A pesar de los bombardeos, a pesar de los muertos, a pesar del hambre, a pesar del frío, a pesar de las dramáticas noticias que llegaban del frente, a pesar de la caída de importantes ciudades soviéticas como Minsk, Kiev, Mariupol, Odessa y Sebastopol, Moscú resistió. Durante el asedio nazi de Leningrado —la actual San Petersburgo—, que duró más de dos años (827 días exactamente), perdieron la vida más de un millón de ciudadanos soviéticos. El asedio de Leningrado, después del de Sarajevo, fue el más largo de la historia moderna.

En los meses de invierno de 1941, los más duros de todo el asedio, los habitantes de la ciudad llegaron a comer los cadáveres de sus conciudadanos para no morir de hambre. Sin embargo, Leningrado tampoco cayó.

En enero de 1943, el asedio se rompió con la Operación Chispa, la acción militar llevada a cabo por el Ejército Rojo para impedir la unión del frente de Leningrado con el finlandés —objetivo nazi— y permitir la evacuación de numerosos heridos de la ciudad. Gracias al éxito de la operación, Zhukov obtuvo el grado de mariscal de la Unión Soviética. Esos fueron probablemente los días más decisivos de la Segunda Guerra Mundial por razones militares y, al mismo tiempo, simbólicas.

Mientras se rompía el cerco de Leningrado, ciudad dedicada a Vladimir Lenin (el padre de la Revolución de Octubre), a 1700 km de distancia, en la ciudad que entonces llevaba el nombre del hombre que había dirigido la URSS desde la muerte de Lenin, el 62º Ejército soviético, capitaneado por el general Vasilij Ivanovič Čujkov, logró

imponerse definitivamente al 6º Ejército nazi, dirigido por el mariscal de campo Friedrich Paulus, tras encerrarlo en una bolsa de la que ya no pudo salir. Unos días más tarde, Paulus y los pocos supervivientes se rindieron al Ejército Rojo. Así concluyó, tras exactamente doscientos días de terribles combates casa por casa, la batalla de Stalingrado, probablemente la más decisiva de la Gran Guerra Patria.

Al subir los doscientos escalones —tantos como los días de combate— que conducen al Mamaev Kurgan, la colina que domina Volgograd y que desde 1967 alberga el monumento conmemorativo de Stalingrado, uno se emociona de verdad. El Mamaev Kurgan es un lugar sagrado para todos los rusos, no solo para los nostálgicos de la Unión Soviética, los nacionalistas más extremistas o los partidarios de Putin, que, nos guste o no, son la mayoría. Al Mamaev Kurgan suben jóvenes, ancianos, los últimos veteranos. Hay quienes llevan a sus hijos, tal vez bisnietos de un héroe o una heroína de guerra. En Stalingrado, miles de mujeres se distinguieron en la batalla; no solo eran mensajeras y enfermeras, sino también francotiradoras, carristas, soldados de infantería y aviadoras. Hay quienes suben las escaleras con una camiseta con la z, símbolo de la Operación Especial en Ucrania, quienes lloran durante el cambio de guardia y quienes depositan un clavel rojo sobre la tumba de Chuikov, el hombre de voluntad de hierro, el único mariscal de la URSS enterrado fuera de Moscú.

Los altavoces transmiten canciones soviéticas y a lo largo de las paredes del Panteón, iluminadas por una llama perpetua, están grabados los nombres de 7200 soldados del Ejército Rojo muertos en combate. Se trata de una pequeña parte de los casi 500 000 rusos caídos en Stalingrado.

En la cima de la colina se encuentra *La Madre Patria llama*, una colosal estatua que representa a la Madre Rusia

empuñando una espada, considerada una de las siete maravillas del país. En la subida que conduce a la estatua se encuentra la tumba de Vasili Grigorievich Zaitsev, uno de los héroes de Stalingrado. Zaitsev nació en un pequeño pueblo de los Urales, y en esas montañas aprendió a disparar, convirtiéndose en el mejor francotirador del Ejército Rojo. En Stalingrado mató a 225 soldados alemanes. Murió en Kiev el 15 de diciembre de 1991, pocos días antes de la supresión del Soviet Supremo que sancionó la disolución definitiva de la URSS. Fue enterrado precisamente en Kiev, pero sus restos fueron trasladados a Stalingrado, ahora Volgograd, porque esa era su voluntad.

Junto a la tumba hay un monumento en el que está grabada una frase que Zajcev pronunció durante la batalla: «No hay tierra para nosotros más allá del Volga». El significado era claro: debemos resistir, no se contempla la retirada, si los nazis cruzan el río, será el fin. Pocos días antes, Stalin había promulgado la Orden n.º 227 ( ), la medida que todos en Rusia llaman Ни шагу назад («Ni un paso atrás»). En Stalingrado, los rusos, a pesar de las pérdidas incalculables, no dieron ni un paso atrás.

La batalla de Stalingrado forjó el alma de los rusos, al igual que las invasiones napoleónicas y nazis quedaron grabadas en su memoria histórica.

Es necesario conocer la historia, al menos la reciente, para comprender lo que pasa por la cabeza de los rusos. Si se pregunta a un grupo de cincuenta ciudadanos italianos cuántos de ellos han tenido un pariente cercano o lejano que haya muerto durante la Segunda Guerra Mundial, pocos responderían que sí. Si se hace la misma pregunta en Rusia, desde Belgorod hasta Vladivostok, casi todos levantarían la mano.

Todo esto hay que tenerlo en cuenta cuando se trata de comprender el alma rusa. Todo esto hay que recordarlo cuando se intenta analizar la política rusa. Y esto debería haberlo comprendido la propia OTAN cuando pensó en expandirse hacia el este.

Rusia es el país más grande del mundo. Tiene una superficie de 17 098 242 kilómetros cuadrados, cincuenta y seis veces la de Italia y casi el doble que la de los Estados Unidos de América. La población es insignificante en comparación con la extensión territorial. Los rusos son 144 millones, menos de la mitad de los estadounidenses, y alrededor del ochenta por ciento de ellos vive en la llamada sección europea del país, es decir, al oeste de los Urales, la cadena montañosa que separa Europa de Asia. La densidad de población es, en promedio, de ocho habitantes por kilómetro cuadrado y en casi la mitad del país apenas alcanza un habitante por kilómetro cuadrado. Para que nos hagamos una idea, la densidad en Italia es de unos doscientos habitantes por kilómetro cuadrado.

Rusia está atravesada por once husos horarios; cuando en Moscú son las ocho de la tarde, en Vladivostok, la ciudad donde termina su recorrido el Transiberiano —el ferrocarril más largo del mundo—, son las tres de la madrugada del día siguiente. En la práctica, cuando Putin habla en el Kremlin, una parte de la población está durmiendo.

Desde hace años, el gobierno intenta, sin mucho éxito, aumentar la natalidad. La razón es sencilla: los rusos son pocos y la tierra es mucha, quizás demasiada.

Rusia es autosuficiente desde el punto de vista energético; es el primer país del mundo en reservas de gas y el octavo en reservas de petróleo. Además, es el cuarto país del mundo en producción de uranio, que se utiliza para

alimentar los treinta y cinco reactores nucleares que producen energía en las doce centrales operativas. Y eso no es todo. Rosatom, el gigante energético público ruso, está construyendo actualmente otros veintisiete reactores nucleares: siete en Rusia y veinte en otros países.

Una de las centrales nucleares más grandes en fase de construcción es la de El Dabaa, una ciudad situada en el Mediterráneo a 180 kilómetros de Alejandría, Egipto.

Egipto, país vinculado económica, militar y políticamente a los Estados Unidos de América (el golpe de Estado que permitió a Abdel Fattah al-Sisi tomar el poder fue apoyado por los EE. UU.) y a Europa, ha decidido confiar en Rosatom para la construcción de la primera central nuclear del país. Esto dice mucho sobre el supuesto aislamiento ruso.

Rusia también es autosuficiente desde el punto de vista alimentario. En julio de 2023, el país se convirtió en el primer productor mundial de trigo y, gracias a los conocimientos técnicos adquiridos en la época soviética, produce todo tipo de fertilizantes utilizados en la superficie terrestre. Estas sustancias se utilizan como moneda de cambio (y poder blando) con los países africanos que desean liberarse del yugo colonial occidental, en particular el francés.

Por último, Rusia también es autosuficiente desde el punto de vista hídrico. Se dice que las guerras del futuro se librarán por el agua; Rusia no tendrá necesidad de ello. Por este país discurren miles de ríos, entre ellos el Ob y el Enisej ( ), ríos árticos con inmensas cuencas hidrográficas, el Don, el Ural, el el Tobol, el Amur, que marca la frontera entre China y Rusia, y el Volga, el gigante de Europa. De los nueve ríos europeos más largos, seis discurren íntegramente por Rusia (el Volga, el Don, el l Pečora, el

Kama, el Oka y el Balaja), mientras que dos (el Ural y el l Dniéper) solo lo hacen en parte. Además, en el país hay más de dos millones de lagos. En el corazón de Siberia se encuentra el Baikal, el lago más profundo del mundo. Se calcula que solo el Baikal contiene el veinte por ciento de las reservas de agua dulce del planeta, si se excluyen los casquetes polares. Por lo tanto, una quinta parte del agua dulce del mundo se encuentra en un solo lago, y este lago está en Rusia.

La historia, la demografía y la geografía permiten comprender mucho sobre Rusia y los rusos; permiten comprender lo que está grabado en su memoria, cuáles son sus aspiraciones, sus impulsos y, en última instancia, sus temores. Los rusos, incluidos los políticos, no piensan en expandirse, sino más bien en defenderse.

El 13 de diciembre de 2024, Mark Rutte, secretario general de la OTAN, hizo la siguiente declaración:

> En cuatro o cinco años, nuestra capacidad de disuasión se verá tan debilitada que los rusos podrían empezar a pensar en atacarnos. Se necesitan muchas cosas. Soldados en los ejércitos, nuevos medios militares, mayor innovación a costa de renunciar a una pequeña parte del gasto social —incluso las pensiones o la sanidad— para garantizar la seguridad de nuestras fronteras. Pero, sobre todo, se necesita conciencia. Por eso debemos adoptar una mentalidad de guerra.

Según el número uno de la OTAN, los rusos pronto pensarán en atacarnos. Pero, ¿por qué exactamente? ¿Con qué objetivo? ¿Para conquistar nuevos territorios? Pero si ya viven en el país más grande del mundo. ¿Para obtener nuevos recursos? Pero si Rusia es uno de los países más ricos del mundo.

El mismo Rutte dijo el 6 de noviembre de 2025:

> El peligro que representa Rusia no desaparecerá con esta guerra. En un futuro próximo, Rusia seguirá siendo una fuerza desestabilizadora en Europa

y en el mundo, y no está sola en sus esfuerzos por socavar las normas globales.

La verdad es que los dirigentes de la OTAN y de la Unión Europea utilizan el fantasma ruso para justificar ante la opinión pública europea la mayor operación de especulación financiera de la historia reciente: el llamado «plan de rearme europeo». Un plan de rearme que nunca sería aceptado por los ciudadanos europeos, que viven la mayor crisis política, democrática, demográfica, social y, diría yo, existencial de la historia reciente, sin la construcción del enemigo, sin la difusión que los medios de comunicación y la política hacen, incluso a través de noticias falsas, de un sentimiento antirruso: la rusofobia.

Desde que la Federación Rusa invadió Ucrania, cualquier atrocidad cometida en Europa y fuera de ella se ha asociado a los rusos. En realidad, esta dinámica comenzó mucho antes del inicio de la guerra. Basta pensar en cómo intentaron deslegitimar a Julian Assange describiéndolo como un agente secreto al servicio de Putin, un útil idiota del Kremlin. Lo hicieron para castigarlo por atreverse a revelar al mundo entero las atrocidades cometidas por las democracias occidentales y para obligarnos a centrarnos en su persona en lugar de en todo lo que hemos sabido gracias a él y a WikiLeaks.

Sin embargo, la actitud rusófoba se ha extendido (o mejor dicho, han intentado extenderla) sobre todo desde el 24 de febrero de 2022, es decir, desde que los tanques rusos cruzaron la frontera ucraniana. Y, como se ha dicho, para lograr sus objetivos, han mentido.

El 27 de septiembre de 2022, Mykhailo Podolyak, mano derecha de Zelensky, dijo:

> La fuga de gas del Nord Stream 1 no es más que un ataque terrorista planeado por Rusia y un acto de agresión contra la UE. Rusia quiere

desestabilizar la situación económica en Europa y provocar el pánico antes del invierno.

El día anterior se sabotearon los gasoductos Nord Stream 1 y 2 en el mar Báltico. Aunque Rusia no tenía ningún interés en sabotear las infraestructuras energéticas que ella misma había financiado y construido y, si realmente hubiera querido interrumpir el suministro de gas a través del Báltico, podría simplemente haber cerrado los grifos en lugar de organizar un sabotaje tan arriesgado, el sistema político y mediático europeo la consideró responsable del ataque a los gasoductos.

Podolyak, y por tanto Zelensky, había marcado la línea a seguir, que durante meses fue defendida por políticos y periodistas. El 28 de septiembre de 2022, por ejemplo, la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, pronunció estas palabras:

> Ahora es fundamental investigar los incidentes, obtener una claridad total sobre los hechos y sus motivos. Cualquier interrupción deliberada de las infraestructuras energéticas europeas en funcionamiento es inaceptable y provocará la respuesta más contundente posible.

Obviamente, Von der Leyen amenazó con una respuesta dura mientras circulaba el rumor (falso) de que los responsables del sabotaje eran rusos. Cuando salió a la luz la verdad, es decir, que los autores de «un ataque terrorista planeado por Rusia y un acto de agresión contra la UE» eran ucranianos, presuntamente apoyados por los servicios secretos occidentales, empezando por la CIA, la presidenta de la Comisión Europea optó por atrincherarse en un cobarde silencio. Por otra parte, habría sido embarazoso seguir suministrando armamento, además de miles de millones de euros de dinero público europeo, a los autores del mayor ataque terrorista contra una infraestructura

energética europea, útil para los intereses europeos y situada en un mar europeo. Mejor callar.

El juego mediático es siempre el mismo: abrumar a la opinión pública con noticias impactantes y repetidas continuamente para influir en el pensamiento de las masas, para luego guardar silencio cuando esas mismas noticias resultan ser falsas.

Además, gracias a las revelaciones del Wall Street Journal, hoy no solo sabemos que fue un comando ucraniano el que llevó a cabo el mayor ataque terrorista contra una infraestructura energética europea, sino que lo dirigió Valerij Zalužnyj, quien en el momento de los sabotajes era el comandante en jefe del ejército de Kiev. ¿Qué habrían dicho y hecho los periodistas y los políticos si hubiera sido Valerij Vasil'evič Gerasimov, jefe del Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas rusas, quien hubiera dirigido el sabotaje de dos gasoductos en el corazón de un mar europeo?

En noviembre de 2022, un misil caído en Polonia mató a dos ciudadanos polacos. Zelensky denunció inmediatamente el ataque ruso a un país nacido, invocando la intervención directa de la Alianza Atlántica. Luego se descubrió que ese misil no era ruso, sino ucraniano, pero Zelensky siguió adelante: «El misil era ruso. Putin quiso enviar un mensaje a la cumbre del G20».

Una mentira colosal admitida por el entonces secretario general de la OTAN, Jens Stoltenberg, quien dijo: «Las investigaciones están en curso, los resultados preliminares indican que fue un misil ucraniano, pero Kiev no tiene la culpa». El misil era ucraniano y no ruso, pero Kiev «no tiene la culpa». Imagínense.

El 30 de agosto de 2025, en Leópolis, fue asesinado a tiros el expresidente del Parlamento ucraniano Andrij Parubij,

partidario del golpe de Estado que en 2014 derrocó al presidente ucraniano Viktor Yanukóvich, culpable de estar demasiado cerca de Rusia (en realidad, defendía que la neutralidad y la equidistancia entre Moscú y la OTAN redundaban en interés del país). Inmediatamente corrió el rumor de que los autores eran hombres vinculados a los servicios secretos rusos. Luego arrestaron al culpable. Se llama Mykhailo Stselnikov, es ciudadano ucraniano y disparó para vengar a su hijo muerto en la guerra. Estas fueron sus palabras: «Quería vengar la muerte de mi hijo, enviado al frente por las autoridades ucranianas». Obviamente, desde el día de la confesión, los medios de comunicación y la política dejaron de hablar del asesinato de Andrij Parubij. También en este caso habría sido embarazoso profundizar en la historia de un padre ucraniano que mata a un político nacionalista ucraniano para vengar la muerte de su hijo, un joven ucraniano, asesinado en una guerra que Kiev no puede ganar.

El 2 de septiembre de 2025, la agencia de noticias ANSA publicó esta noticia: *«Los rusos interfieren el GPS del vuelo de Von der Leyen». Moscú lo negó de inmediato, pero la noticia circuló por todas partes durante cuarenta y ocho horas: VdL y el misterio del avión. Las sospechas de la UE: «Interferencias rusas»* («Domani»), *Ursula, el avión en crisis: la pista rusa* («Corriere della Sera»), *El avión de Von der Leyen en el punto de mira de los rusos* («la Repubblica»), *Putin amenaza a nuestros aviones* («il Giornale»), *Sombras rusas sobre el vuelo de VdL* («Il Sole 24 Ore»), *Putin-Europa, el frente de los cielos* («La Stampa»), *Saboteado el vuelo de Ursula. La UE: «Han sido los rusos»* («Il Messaggero»), *La «guerra fría» del GPS que amenaza a los aviones europeos* («Il Messaggero»).

Evidentemente, quienes llevan años empeñados en hacer creer a la opinión pública europea que Rusia es el peligro

número uno de la UE se han lanzado como lobos sobre esta noticia. Pina Picierno, vicepresidenta del Parlamento Europeo, ha comentado lo siguiente:

La interferencia rusa es el enésimo episodio de guerra híbrida, que lamentablemente en estos años pocos han tenido el valor de denunciar... Una estrategia de sabotaje que tiene en el punto de mira a Europa y sus instituciones... Estos ataques hacen imperativa nuestra determinación de reforzar la defensa común y apoyar con firmeza a Ucrania.

Calenda intentó, como de costumbre sin éxito, mostrarse simpático*:* «Nuevas iniciativas en favor de la paz... por parte de Putin. Quién sabe cómo lo justificará la filial italiana de Radio Moscú».

Simona Malpezzi, senadora del PD:

> Lo que Rusia le ha hecho hoy a la presidenta Von der Leyen es un mensaje claro para todos nosotros: una amenaza a Europa y a sus instituciones, que Putin quiere someter a su voluntad. ¿Nuestros filoputinianos no tienen nada que decir?

Una vez más, ha salido a la luz la verdad. No solo no fueron los rusos quienes sabotearon el sistema GPS del vuelo de Von der Leyen, sino que, en realidad, no hubo ningún sabotaje. Se lo inventaron, al igual que las autoridades estadounidenses inventaron en 1964 el «incidente del Golfo de Tonchín», que permitió al entonces presidente estadounidense Johnson solicitar al Congreso plenos poderes para entrar en guerra directa con Vietnam del Norte.

Pasemos ahora a las incursiones de drones (obviamente rusos) del 10 y 13 de septiembre de 2025. «Nunca hemos estado tan cerca de un conflicto desde la Segunda Guerra Mundial», dijo el primer ministro polaco Donald Tusk. Y abajo titulares, portadas, artículos y más artículos. Pues bien, según el diario Rzeczpospolita (que citó fuentes de

inteligencia), lo que impactó en una vivienda polaca el 10 de septiembre de 2025 no fue un dron lanzado por las fuerzas armadas rusas, sino un misil aire-aire AIM-120 de fabricación estadounidense lanzado por error desde un F-16 de la Fuerza Aérea Polaca. En la práctica, Polonia se bombardeó a sí misma, pero Donald Tusk utilizó este episodio para asustar a los ciudadanos polacos e insistir en la necesidad de una carrera armamentística que, sin las noticias falsas, no estaría justificada.

Pero eso no es todo. También se ha desmentido el supuesto ataque con drones rusos del 13 de septiembre. El Mando Operativo de las Fuerzas Armadas polacas ha difundido este comunicado: «Las acciones emprendidas no han confirmado las indicaciones de los sistemas de radar y, por lo tanto, la violación del espacio aéreo polaco». Los drones estaban allí, pero no está claro a quién pertenecían. Hasta la fecha, no existe ni una pizca de prueba que relacione la bandada de drones avistada en los cielos polacos con Moscú. Además, parece que fue Bielorrusia, el principal aliado de Rusia, quien alertó a las autoridades polacas de la presencia de varios drones fuera de control, muchos de los cuales fueron avistados precisamente en el cielo bielorruso. En la práctica, fue el país más cercano política y militarmente al Kremlin el que advirtió a Varsovia. Sin embargo, Tusk habló de un conflicto en Europa nunca tan cercano desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

La estrategia rusófoba es ahora evidente y tiene un objetivo muy claro: la demonización de todo lo que tiene que ver con Moscú, no solo la política, sino también el deporte, el arte y la cultura. Ya hemos hablado de la exclusión de los atletas rusos. Pero la misma suerte ha

corrido y sigue corriendo también los artistas de renombre internacional.

El 21 de julio de 2025, la dirección de la Reggia di Caserta canceló un concierto sinfónico dirigido por Valerij Abisalovič Gergiev, uno de los directores de orquesta más importantes del mundo. ¿Su culpa? Ser ruso (también tiene la ciudadanía holandesa) y apoyar, como la gran mayoría de los rusos, a su presidente.

Así lo comentaron los políticos italianos:

«Por fin: tras las protestas de quienes, como nosotros, siempre hemos considerado que sería una humillación intolerable para las víctimas de la brutal guerra de agresión de Putin contra Ucrania y una grave responsabilidad para las instituciones de nuestro país implicadas, la dirección de la Reggia di Caserta ha dispuesto la cancelación del concierto sinfónico dirigido por Valerij Gergiev», Riccardo Magi, secretario de +Europa; «¡Bien! Una buena noticia», Carlo Calenda, secretario de Azione; «Hay que compartir la decisión de la Reggia di Caserta, el concierto de Valerij Gergiev corría el riesgo de convertirse en una reverencia a su jefe, Vladimir Putin», Isabella De Monte, Forza Italia; «Bien por la cancelación del concierto del director Gergiev en el complejo vanvitelliano de la Reggia di Caserta», Federico Mollicone, presidente de la Comisión de Cultura de la Cámara de Diputados, FdI.

Esto ocurre en la Europa libre y democrática.

Pero eso no es todo. Lo mismo le ha ocurrido a Ildar Abdrazakov, director del Teatro de la Ópera de Sebastopol. Así se lee en la página web de la Fundación Arena de Verona, la entidad que lo había contratado para interpretar *Don Giovanni* de Mozart en el Teatro Filarmónico de la ciudad:

> Ildar Abdrazakov se ha consolidado como uno de los bajos más solicitados de la ópera y uno de los artistas más aclamados y reconocidos de su generación. Desde que debutó en el Teatro alla Scala de Milán en 2001, a los 25 años, se ha convertido en un pilar fundamental de los principales teatros de renombre mundial, entre ellos la Ópera Metropolitana de Nueva York, la Ópera Nacional de París, la Ópera Estatal de Viena y la Ópera Estatal de Baviera en Múnich. Su voz potente pero refinada, junto con su cautivadora presencia escénica, han llevado a los críticos a aclamarlo como un bajo sensacional... que lo tiene prácticamente todo: un sonido imponente, un bello legato, delicadeza.

Pues bien, el 6 de noviembre de 2025, la Fundación Arena de Verona decidió cancelar la actuación del barítono ruso, culpable, él también, de ser demasiado «putinista». La solicitud de cancelación fue presentada por la Fundación Anticorrupción, la organización fundada por Aleksej Navalny, el opositor de Putin que murió en una remota prisión siberiana. «Hemos vuelto a ganar contra la propaganda de Putin y del Kremlin. Abdrazakov no actuará en la Arena de Verona», comentó Picierno, vicepresidenta del Parlamento Europeo, a quien evidentemente le avergüenza más una actuación artística de uno de los mejores barítonos del mundo que reunirse con partidarios del genocidio en Gaza. Pina Picierno, la «defensora de la democracia europea», se reunió hace unos meses en Bruselas con Amir Avivi, general israelí, sionista fanático y partidario de un régimen que masacra deliberadamente a los niños palestinos.

Esta es, al fin y al cabo, la política europea actual. No se aplican sanciones al Estado terrorista de Israel, se reúne con militares que apoyan un exterminio masivo, pero, en cambio, se celebra que se impida a un director de orquesta o a un barítono actuar en público.

Todo esto, repito, forma parte de la estrategia rusófoba que se lleva a cabo desde hace años en Europa. Una estrategia que choca con los propios intereses europeos. Basta pensar que, hasta ahora, la Unión Europea ha apoyado al régimen de Zelensky con casi doscientos mil millones de euros de dinero público. Y no solo eso. La descabellada estrategia europea, respaldada evidentemente por la masiva campaña de desprestigio contra todo lo ruso, ha servido para que la opinión pública del viejo continente acepte no solo las macizas financiaciones a Kiev y las entregas de armamento (muchas de las cuales han desaparecido y presumiblemente han acabado en el mercado negro), sino también la sustitución del gas ruso, económico y de excelente calidad, por el GNL estadounidense (gas natural licuado), peor, más caro y mucho más contaminante, ya que llega a Europa no a través de un gasoducto, sino transportado por inmensos buques cisterna.

Si el menosprecio de Rusia y los rusos sirviera al menos para enriquecer a Europa, no digo que llegaría a aprobarlo, pero al menos lo entendería; sin embargo, la estrategia de la OTAN y la UE está empobreciendo a Europa y, al mismo tiempo, reduciendo drásticamente las posibilidades de que Ucrania siga siendo un país soberano.

El 19 de octubre de 2015 se produjo un sensacional robo en el Louvre de París. Lo han definido como el «golpe del siglo». Una banda de ladrones robó joyas de incalculable valor que pertenecieron a Napoleón III. Pues bien, un día después del robo, Il Messaggero, periódico perteneciente al Grupo Caltagirone, publicó un artículo titulado: *«Golpe al Louvre, la banda podría conformarse con 200 000 euros por el botín». Los expertos: «Acabará en la vitrina de un oligarca ruso».* ¿Está claro? También detrás de este sensacional robo están

los rusos. El botín, según los expertos citados por Il Messaggero, podría ser comprado por un oligarca, pero no ucraniano, estadounidense, chino, canadiense, indio, egipcio o surcoreano; no, ¡obviamente un oligarca ruso!

Sería para reírse si no conociéramos los objetivos de esta obscena narrativa. Todo un sistema político y mediático quiere hacernos creer que Rusia es un enemigo de Europa. Pero Rusia no es un enemigo de Europa, nunca lo ha sido, aunque cada día se anuncien futuras invasiones de Europa occidental por parte de Rusia.

El 7 de septiembre de 2025, el e , comisario europeo de Asuntos Económicos y Monetarios, el letón Valdis Dombrovskis, declaró:

> Somos conscientes de que las ambiciones expansionistas de Rusia van más allá de Ucrania. Hoy en día, Europa conserva todas las ventajas sobre Rusia en términos de peso económico, tecnología y población. La prioridad ahora es aprovechar estas ventajas reconstruyendo las capacidades defensivas de Europa y desarrollando nuestra industria de defensa.

En resumen, Moscú tiene miras expansionistas y la UE sigue adelante con esta línea. Y lo hacen, como se ha dicho, mintiendo, aterrorizando y censurando. Lejos de mí considerar fiable a Putin, quien, obviamente, utiliza grandes dosis de propaganda para convencer a los rusos de la bondad de todas las acciones llevadas a cabo por el Kremlin. Al mismo tiempo, siendo el líder del país que, según la Comisión Europea, representa un peligro casi existencial para la propia Europa, sería conveniente escuchar lo que dice sobre un posible ataque ruso en Europa y no censurar deliberadamente sus palabras.

En junio de 2025, en su intervención en el Foro Económico Internacional de San Petersburgo y respondiendo a las preguntas de periodistas extranjeros

(periodistas de todo el mundo excepto de Europa, salvo raras excepciones), Putin dijo:

> ¿Saben que los países de la OTAN gastan actualmente 1,4 billones de dólares en armamento? Es una cifra superior a la de todos los demás países del mundo juntos, incluidos Rusia y la República Popular China. ¿Y cuál es la población de los países de la OTAN? ¿Entre 300 y 340 millones? Rusia, como es sabido, tiene 145 millones, casi 150 millones ahora. Y gastamos cifras en armamento incomparables, simplemente incomparables con respecto a ellos. ¿Y nosotros deberíamos atacar a la OTAN? ¿Pero qué absurdo es este? Todo el mundo entiende que es un absurdo. Simplemente están engañando a sus poblaciones para garantizar la recaudación de dinero de sus presupuestos y llegar al cinco por ciento del PIB en gastos militares. ¡El 3,5 por ciento más el 1,5 por ciento! ¿Entienden? Y para explicar estos fracasos en la economía y en el sector social, hablan de que Rusia quiere atacar a la OTAN.

Se puede pensar lo que se quiera sobre Putin, sobre Rusia, sobre los rusos, sobre la autocracia de Moscú, sobre la UE, sobre la OTAN y sobre Zelensky, «paladín del Occidente libre y democrático», pero sería bueno y justo, como mínimo, escuchar lo que dice Putin o lo que dice su portavoz para comprender mejor la realidad.

Por otra parte, las palabras de Putin sobre la supuesta idea de Moscú de atacar a los países de la OTAN son muy claras. Y tiene razón cuando afirma que «todos entienden ciertas absurdidades».

En Europa, estas declaraciones se ocultan o se transmiten de forma fugaz. La razón es sencilla: quieren hacernos creer que Rusia tiene la intención de atacarnos. Y, claramente, transmitir las palabras de Putin, que descarta categóricamente tal escenario, sería perjudicial para todos aquellos que utilizan al monstruo ruso para convencernos de que gastemos miles de millones en armas en los próximos años. Lo que en la UE llamaron primero « » (ReArmar Europa) y luego, cuando se dieron cuenta de que

llamarlo por su nombre exacto molestaría a los ciudadanos europeos, «Readiness 2030» (Preparación 2030), no es más que la mayor especulación financiera de las últimas décadas.

En 2011, antes de perder su libertad, Julian Assange dijo, refiriéndose a la guerra en Afganistán, que «el objetivo no era una guerra exitosa, sino solo una guerra duradera», porque solo una guerra duradera permite un trasvase masivo de dinero de los bolsillos de los contribuyentes europeos y estadounidenses directamente a las arcas de lo que el propio Assange definía como «transacionales de la seguridad internacional», es decir, las fábricas de armas y todas aquellas empresas que ganan dinero gracias a las llamadas «guerras sin fin». Pues bien, para la UE, la guerra en Ucrania debía y debe continuar porque, si se hubiera llegado a un acuerdo (y un acuerdo habría sido sin duda más ventajoso para Kiev que la realidad que se está perfilando), la narrativa belicista se habría visto frustrada, al igual que el intento de convencernos de la necesidad de gastar cifras inimaginables en la compra de armas cuando, según un estudio publicado por el Observatorio de las Cuentas Públicas Italianas de la Universidad Católica de Milán —institución dirigida por Carlo Cottarelli—, Europa ya gasta en armas cifras muy superiores a las que gasta Moscú. según un estudio publicado por el Observatorio de las Cuentas Públicas Italianas de la Universidad Católica de Milán, instituto dirigido por Carlo Cottarelli, Europa gasta en armas cantidades muy superiores a las que gasta Moscú. Cottarelli, lo recuerdo, no puede considerarse precisamente uno de los putinianos de Italia, ya que es un exdirectivo del Fondo Monetario Internacional, miembro de la Fundación Italia USA ( ) y un convencido europeísta.

Entonces, ¿por qué quieren que compremos armas y más armas? Sencillo, los principales inversores institucionales de las principales fábricas de armas del planeta son todos fondos financieros. Al comprar armas, se enriquecen los accionistas de las grandes fábricas y, por lo tanto, se fortalece aún más el capitalismo financiero, que hoy en día ostenta el primado sobre la política. Y es la primacía de las finanzas sobre la política lo que debería asustar más a las clases dirigentes europeas, no la supuesta invasión rusa.

Los rusos, en virtud de su historia reciente que he querido recordar al principio de este escrito, no tienen ningún interés en invadir, sino que más bien temen ser invadidos. Y es un temor comprensible dada su historia.

En los últimos 213 años, desde la campaña napoleónica hasta hoy, en territorio ruso, los soldados italianos han disparado contra los soldados rusos en cuatro ocasiones. En 1812, con la *Grande Armée*, también había soldados enviados por el Reino de Italia y el Reino de Nápoles ( ), ambos parte del Imperio francés. En 1853, en la guerra de Crimea, también el Reino de Cerdeña participó en la alianza que invadió la península rusa por razones geológicas y comerciales, aunque en aquella época se dijo que el conflicto estaba relacionado con el control de algunos lugares de la cristiandad. Evidentemente, siempre se ha mentido para justificar las guerras. El contingente del Reino de Cerdeña estaba dirigido por el entonces ministro de Guerra, el general Alfonso La Marmora.

En 1918, durante la guerra civil rusa, el Reino de Italia decidió enviar tropas a Rusia para apoyar al Ejército Blanco, las fuerzas contrarrevolucionarias fieles al zar que luchaban contra los bolcheviques. El presidente del Consejo era Vittorio Emanuele Orlando, quien al año siguiente dirigiría las negociaciones en la Conferencia de Paz de París que

condujeron al Tratado de Versalles (la «victoria mutilada», como la definió Gabriele D'Annunzio), y el rey de Italia era Vittorio Emanuele III. Los soldados italianos fueron desplegados tanto en el « 'Oblast» de Murmansk, región de la Rusia ártica fronteriza con Noruega y Finlandia, como en el extremo oriental de Rusia: en Vladivostok, donde los soldados del « 'Esercito Regio» se unieron a las tropas estadounidenses enviadas por el « 'Thomas Woodrow Wilson», y en Manchuria, donde se enfrentaron a los bolcheviques por el control del ferrocarril transiberiano. Todas las tropas italianas fueron llamadas a filas por el presidente del Consejo, , Francesco Saverio Nitti, cuando ya estaba claro que los bolcheviques iban a triunfar. Finalmente, fueron unos 230 000 los soldados italianos que participaron en la invasión de la URSS durante la Segunda Guerra Mundial; de ellos, 84 000 no volvieron a casa y muchos murieron precisamente en Stalingrado.

En la historia reciente, los soldados italianos han invadido Rusia en cuatro ocasiones, mientras que lo contrario nunca ha ocurrido. Estados Unidos invadió Rusia, Gran Bretaña invadió Rusia. Nunca ha ocurrido que un soldado zarista, soviético o ruso en general haya pisado Estados Unidos o el Reino Unido.

«La historia es la memoria de un pueblo, y sin memoria, el hombre queda reducido al rango de animal inferior», dijo Malcolm X. Recordar la historia y ejercitar la memoria nos permite no caer en las trampas de los medios de comunicación, no creer en las narrativas belicistas, no percibir como enemigos a pueblos o Estados que no lo son.

Por supuesto, hay que estar alerta, hay que prestar atención, hay que comprender los mezquinos mecanismos utilizados para convencernos de que Rusia es una amenaza.

El 15 de septiembre de 2025, Dmitri Peskov, portavoz del Kremlin, dijo: «La OTAN está en guerra con Rusia por su apoyo a Ucrania. Esto es obvio y no requiere más pruebas».

Es evidente que así es. ¿Acaso la OTAN no ha estado armando a Kiev desde 2014? ¿Acaso la OTAN no ha entrenado a los soldados ucranianos durante la guerra civil que estalló tras el golpe de Estado que, en lenguaje político correcto, llaman «Euromaidán»? ¿No proporcionó la OTAN miles de millones de dólares a Kiev antes y durante la invasión rusa de Ucrania? ¿No está proporcionando la OTAN armamento sofisticado que Ucrania utiliza también para atacar en profundidad el territorio ruso, incluidos objetivos civiles? ¿No están los jefes de Estado de los países de la OTAN barajando la idea de enviar tropas sobre el terreno a Ucrania? ¿No se ha expandido la OTAN hacia el este «ladrando a las puertas de Rusia» a pesar de que en diciembre de 1989, pocos días después de la caída del Muro de Berlín y pocos días antes del inicio de la fase de disolución del Pacto de Varsovia, durante la cumbre de Malta, el subsecretario de Estado estadounidense James Baker garantizó (solo de palabra) a su homólog , Mijaíl Gorbachov, que, a cambio de la renuncia soviética al dominio de Europa Oriental, la OTAN no se expandiría hacia el este ni un centímetro?

La cumbre de Malta se considera la reunión que marcó el fin de la Guerra Fría. Hoy sabemos que la oposición entre el bloque occidental y Rusia nunca ha terminado del todo. Paradójicamente, hoy Europa se enfrenta a catástrofes que ni siquiera durante la Guerra Fría estuvieron tan cerca.

En 2008, mientras los políticos estadounidenses barajaban la adhesión de Georgia y Ucrania a la OTAN, Mijaíl Gorbachov, penúltimo secretario general del Partido Comunista de la URSS, el hombre que, al aprobar una serie

de reformas, favoreció la disolución de la Unión Soviética y por ello fue galardonado con el Premio Nobel de la Paz en 1990, concedió una encendida entrevista al diario británico «The Daily Telegraph» en la que dijo:

Los estadounidenses nos prometieron que la OTAN nunca traspasaría las fronteras de Alemania tras su reunificación, pero ahora que la mitad de Europa Central y Oriental son miembros, me pregunto qué ha sido de las garantías que nos dieron. Su deslealtad es un factor muy peligroso para un futuro de paz, porque ha demostrado al pueblo ruso que no se puede confiar en ellos.

Gorbachov, lo recuerdo, no era un halcón, era un político moderado, aún hoy infinitamente más apreciado en el extranjero que en Rusia. Pues bien, incluso alguien como él acusó a los Estados Unidos de «no tolerar que haya países capaces de actuar de forma autónoma» y de tener «presidentes siempre dispuestos a hacer la guerra».

A la luz de esto, lo que dijo Peskov es cierto. Sin embargo, esa verdad, esa banalidad, diría yo, se ha traducido en nuestro país en una auténtica declaración de guerra de Rusia a la OTAN, es decir, lo contrario de la realidad. Moscú denuncia ante el mundo entero la implicación de la OTAN en la guerra de Ucrania, ¿y qué hacen los medios de comunicación del mundo libre y democrático? Dan la vuelta a la realidad transformando una denuncia relativa a una amenaza en una declaración hostil.

Así han comentado las palabras de Peskov los principales diarios italianos: *La amenaza del Kremlin: «Ya en guerra con la OTAN»*, La Repubblica; *La embestida del Kremlin*, Corriere della Sera; *Putin amenaza: «Ya estamos en guerra con la OTAN»*, Domani; *Moscú desafía a la* OTAN, «La Stampa»; *El Kremlin amenaza a la* OTAN*: «Ya estamos en guerra»*, «Il Messaggero»;

El Kremlin provoca a la OTAN. *Putin sube el listón*, «Libero»; *Ataques desde Moscú. Alarma: Italia indefensa*, «il Giornale».

En resumen, siempre la misma narrativa. Rusia nos amenaza, Europa está indefensa, por lo que hay que comprar armas, incluso a costa de recortar el gasto social.

El 7 de septiembre de 2025, el Istat publicó datos catastróficos sobre la demografía en Italia. Las nacimientos están cayendo a un ritmo vertiginoso. En los primeros cinco meses de 2025, nacieron 137 000 niños en Italia. Se trata de un récord negativo absoluto. En el mismo periodo de 2024, otro año dramático, se registraron 149 530 nacimientos. Es probable que, por primera vez en la historia reciente, en 2025 nazcan menos de 340 000 niños.

En 2022 hubo en Italia 713 000 fallecimientos y 393 000 nacimientos; en 2023, 661 000 fallecimientos y 379 000 nacimientos; mientras que en 2024 fallecieron 651 000 personas y nacieron 370 000 niños. Los datos hablan por sí solos: el pueblo italiano se está extinguiendo. Se está extinguiendo por la crisis demográfica relacionada con la crisis social, el alto costo de la vida, la imposibilidad para muchos de comprar una casa o de tener suficiente dinero para criar a un hijo. El pueblo italiano está desapareciendo por los ritmos de vida frenéticos, por las comunidades que se desintegran, por los jóvenes que cada año abandonan el país. Nos estamos extinguiendo por todo esto, no por un ataque ruso. Sin embargo, gran parte del sistema político-financiero, con la complicidad de los medios de comunicación, pretende convencernos de que la nueva carrera armamentística es una cuestión existencial. Traducido: o nos armamos hasta los dientes o los rusos nos invadirán y nos matarán a todos.

Pero la pregunta es precisamente esta: ¿por qué Rusia debería atacarnos? No tiene intención de hacerlo, los líderes

políticos rusos lo repiten constantemente. Y el hecho de que Moscú no tenga intención de atacar a los países de la OTAN es un problema para la OTAN y para los países de la UE. Es un problema porque es difícil justificar el faraónico gasto militar si el supuesto enemigo no tiene intención de atacarnos. ¿Y qué estrategia han adoptado las clases dirigentes europeas para superar el escollo? Sencilla: mentir y describir cada día a Moscú como un enemigo.

Pero Rusia no es mi enemigo, aunque la loca estrategia europea corre el riesgo de convertirla en tal, como ocurre con las profecías que se cumplen a pesar de ser falsas. Nos corresponde a nosotros obstaculizarlas ejercitando la memoria, permaneciendo vigilantes y cultivando la razón. El sueño de la razón, después de todo, genera monstruos, y no hay nada más monstruoso que otra guerra más nacida de demasiadas mentiras.